

Jonathan Franzen

# LIBERTAD

Traducción del inglés de  
Isabel Ferrer



Por la ayuda prestada en este libro, el autor desea expresar su especial gratitud a Kathy Chetkovich y Elisabeth Robinson; a Joel Baker, Bonnie y Cam Blodgett, Scott Cheshire, Rolland Comstock, Nick Fowler, Sarah Graham, Charlie Herlovic, Tom Hjelm, Lisa Leonard, David Means, George Packer, Deanna Shemek, Brian Smith, Lorin Stein y David Wallace; a la Academia Americana en Berlín y al Cowell College de la Universidad de California, en Santa Cruz.

Título original: *Freedom*

Ilustración de la cubierta: Reinita cerúlea de Dave Maslowski

Paisaje de Getty Images

Diseño de la ilustración de la cubierta: Charlotte Strick

Copyright © Jonathan Franzen, 2010

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2011

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-397-3

Depósito legal: NA-3.519-2011

1ª edición, octubre de 2011

4ª edición, noviembre de 2011

*Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en:

RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

*Para Susan Golomb y Jonathan Galassi*



Id juntos, ilustres y felices ganadores, mientras lo sois. Cambiad vuestros regocijos con compañía. Yo, vieja tórtola, iré a suspenderme de alguna rama seca y allí lamentaré hasta el fin de mis días la pérdida de mi compañero, que nunca será hallado.

*El cuento de invierno*



# **BUENOS VECINOS**





La noticia sobre Walter Berglund no apareció en la prensa local —Patty y él se habían trasladado a Washington dos años antes, y en Saint Paul ya no contaban para nadie—, pero la aristocracia urbana de Ramsey Hill no era tan leal a su ciudad como para privarse de leer el *New York Times*. Según un largo y nada halagüeño artículo de este periódico, Walter había arruinado su vida profesional allá en la capital de la nación. Sus antiguos vecinos tenían ciertas dificultades para conciliar los apelativos que utilizaba el *Times* para describirlo («arrogante», «prepotente», «éticamente dudoso») con el rubicundo, risueño y generoso empleado de 3M al que recordaban pedaleando bajo la nieve de febrero por Summit Avenue, camino de la oficina; resultaba extraño que Walter, más verde que los Verdes y él mismo de origen rural, tuviera ahora problemas por actuar en connivencia con la industria del carbón y abusar de la gente del campo. Aunque, la verdad sea dicha, con los Berglund siempre había habido algo que no terminaba de encajar.

Walter y Patty fueron los jóvenes pioneros de Ramsey Hill: los primeros graduados universitarios en comprar una vivienda en Barrier Street desde que tres décadas antes el antiguo corazón de Saint Paul se viera sumido en tiempos difíciles. Compraron su casa victoriana a precio de saldo y luego, durante diez años, se dejaron la piel reformándola. Ya al principio, alguien muy decidido le prendió fuego al garaje y forzó un par de veces la cerradura del coche

antes de que consiguieran reconstruirlo. Moteros de piel curtida invadían el solar del otro lado del callejón trasero para beber cerveza Schlitz y asar unas *knockwurst* y hacer rugir los motores a altas horas de la madrugada, hasta que Patty salía en chándal y les decía: «Eh, tíos, ¿sabéis qué os digo?» Patty no asustaba a nadie, pero había sido una destacada atleta en el instituto y la universidad y poseía la audacia típica de los atletas. Desde su primer día en el barrio llamó inevitablemente la atención. Alta, con coleta, absurdamente joven, empujando un cochecito de bebé entre coches desguzados y botellas de cerveza rotas y nieve salpicada de vómito, podría haber llevado toda su jornada en las bolsas de redecilla que colgaban del cochecito. Tras ella se adivinaban los preparativos con el engorro de un bebé para toda una mañana de recados con el engorro de un bebé; por delante, una tarde de radio pública, el popular recetario *Silver Palate Cookbook*, pañales de tela, masilla tapajuntas y pintura de látex; luego *Buenas noches, luna*, y luego una copa de zinfandel. Ella era ya en sentido pleno aquello que en el resto de la calle no había hecho más que empezar.

En los primeros años, cuando aún era posible tener un Volvo 240 sin sentirse incómodo, la misión colectiva en Ramsey Hill consistía en reaprender ciertas aptitudes para la vida que los padres de uno habían querido desaprender precisamente huyendo a las zonas residenciales de las afueras; por ejemplo, cómo despertar el interés de la policía del barrio en cumplir realmente con su cometido, cómo proteger una bicicleta de un ladrón en extremo motivado, cuándo molestarse en echar a un borracho del mobiliario de tu jardín, cómo alentar a los gatos callejeros a cagar en el cajón de arena de los hijos de otro, cómo decidir si un colegio público era tan lamentable que ni siquiera valía la pena intentar mejorarlo. Existían asimismo asuntos más contemporáneos, entre ellos los pañales de tela: ¿merecían la pena? ¿Y era verdad que aún repartían leche en botellas de cristal a domicilio? ¿Eran los boy scouts políticamente correctos? ¿Era de veras necesario el bulgur? ¿Dónde se reciclaban las pilas? ¿Cómo había que reaccionar cuando una persona pobre de color te acusaba de destruir su barrio? ¿Era verdad que el esmalte de las antiguas vajillas Fiesta contenía una cantidad peligrosa de plomo? ¿Cuán sofisticado tenía que ser

un filtro de agua para la cocina? ¿Por qué no funcionaba a veces la superdirecta de tu 240 cuando apretabas el botón que decía superdirecta? ¿Qué era mejor con los mendigos: darles comida o no darles nada? ¿Era posible criar a niños inusualmente seguros de sí mismos, felices e inteligentes, si se trabajaba a jornada completa? ¿Podía molerse el café en grano la noche antes de consumirlo, o debía hacerse la misma mañana? ¿Existía alguien en la historia de Saint Paul que hubiera tenido una experiencia positiva con un techador? ¿Y alguien conocía un buen mecánico de Volvo? ¿A tu 240 también se le trababa el cable del freno de mano? Y ese interruptor del salpicadero con un rótulo enigmático, ese que producía un chasquido tan satisfactoriamente sueco pero no parecía conectado a nada, ¿qué demonios era?

Para cualquier consulta, Patty Berglund era un recurso, una alegre portadora de polen sociocultural, una abeja afable. En Ramsey Hill era una de las pocas madres que no trabajaban, y se la conocía por su aversión a hablar bien de sí misma o mal de los demás. Decía que temía acabar «decapitada» algún día por una de las ventanas de guillotina cuyas cadenas había cambiado ella misma. Sus hijos «probablemente» iban a morir de triquinosis porque les había dado cerdo poco hecho. Se preguntaba si el hecho de que ya «nunca» leyera libros estaba relacionado con su «adicción» a los efluvios del aguarrás. Confesaba que tenía «prohibido» echar abono a las flores de Walter después de lo sucedido «la otra vez». Entre algunas personas esa forma de autodescédito no sentaba bien, personas que percibían cierta condescendencia en ello, como si Patty, al exagerar sus pequeños defectos, pretendiera ostensiblemente no herir los sentimientos de amas de casa menos expertas. Pero la mayoría de la gente consideraba sincera su modestia, o como mínimo graciosa, y en todo caso no era fácil resistirse a una mujer por quien tus propios hijos sentían tanto aprecio, y que recordaba no sólo los cumpleaños de ellos sino también el tuyo, y entonces se presentaba ante tu puerta trasera con una bandeja de galletas o una tarjeta de felicitación o lirios en un jarrón de un todo a cien que, te decía, no tenías que molestarte en devolverle.

Se sabía que Patty se había criado en la Costa Este, en un barrio residencial de las afueras de Nueva York, y había recibido

una de las primeras becas completas concedidas a una mujer para jugar al baloncesto en la Universidad de Minnesota, donde, en su segundo curso, según una placa colgada en la pared del despacho de Walter en casa, había sido elegida jugadora del segundo equipo de la selección nacional. Algo curioso en Patty, habida cuenta de su marcada inclinación por la vida familiar, era que en apariencia no mantenía ningún contacto con sus raíces. Pasaba largas temporadas sin moverse de Saint Paul, y se sospechaba que nunca la había visitado nadie del este, ni siquiera sus padres. Si alguien le preguntaba a bocajarro por ellos, contestaba que los dos hacían muchas cosas buenas para mucha gente: su padre tenía un bufete en White Plains, su madre se dedicaba a la política, sí, era miembro de la Asamblea Legislativa del estado de Nueva York. Luego asentía con convicción y añadía: «En fin, sí, eso hacen», como si el tema ya no diera más de sí.

Lograr que Patty admitiera que el comportamiento de alguien estaba «mal» podía considerarse un juego. Cuando le contaron que Seth y Merrie Paulsen celebraban una fiesta de Halloween a lo grande para sus gemelos y habían invitado a todos los niños de la manzana excepto a Connie Monaghan, Patty se limitó a decir que eso era muy «raro». Cuando después se cruzó con los Paulsen en la calle, éstos le explicaron que se habían pasado todo el santo verano intentando disuadir a Carol, la madre de Connie Monaghan, de tirar colillas desde la ventana de su dormitorio a la piscinita de los gemelos. «Eso es francamente raro —admitió Patty con un cabeceo—, pero pensad que Connie no tiene la culpa.» Sin embargo, los Paulsen no se conformaron con ese «raro». Ellos aspiraban a «sociópata», aspiraban a «pasiva-agresiva», aspiraban a «mala». Necesitaban que Patty eligiera uno de esos epítetos y se lo aplicara a Carol Monaghan como hacían ellos, pero Patty fue incapaz de ir más allá de «raro», y los Paulsen, por su parte, se negaron a incluir a Connie en su lista de invitados. Patty se enfadó tanto por esta injusticia que la tarde de la fiesta llevó a sus propios hijos, junto con Connie y una amiga del colegio, a visitar una granja de calabazas y a dar un paseo en un carro de heno, pero lo peor que llegó a decir en voz alta sobre los Paulsen fue que su mezquindad con una niña de siete años era muy rara.

Carol Monaghan era la única otra madre de Barrier Street que llevaba allí tanto tiempo como Patty. Había llegado a Ramsey Hill como resultado de lo que podría llamarse un programa de intercambio de enchufes, ya que había sido secretaria de un alto cargo del condado de Hennepin que la trasladó de distrito después de dejarla embarazada. Mantener a la madre de tu hijo ilegítimo en la nómina de tu departamento: a finales de los años setenta, esas cosas ya no se consideraban en consonancia con el buen gobierno en la mayoría de jurisdicciones de las Ciudades Gemelas, el área metropolitana de Minneapolis-Saint Paul. Carol se convirtió en una funcionaria medio ausente, una de esas que se toman un descanso tras otro, adscrita al registro municipal de permisos y licencias, mientras que, a cambio, una persona tan bien relacionada como ella en Saint Paul fue contratada al otro lado del río. La casa de alquiler de Barrier Street, contigua a la de los Berglund, formaba parte del trato, cabía suponer; de lo contrario, no era fácil entender por qué Carol había accedido a vivir en lo que por entonces era aún en esencia un barrio degradado. En verano, una vez por semana, un chico de mirada vacía, con un mono del Departamento de Parques y Jardines, llegaba al anochecer en un todoterreno sin distintivos y le cortaba el césped, y en invierno ese mismo chico aparecía como de la nada para quitar la nieve de su acera.

A finales de los años ochenta, Carol era la única persona de otro nivel que quedaba en la manzana. Fumaba Parliament, se teñía de rubio, exhibía unas espeluznantes uñas como garras, daba a su hija alimentos excesivamente procesados, y los jueves por la noche llegaba a casa muy tarde («Es la noche libre de mamá», explicaba, como si todas las mamás tuvieran una), entraba con sigilo en casa de los Berglund, usando la llave que ellos le habían dado, y recogía a Connie, que dormía en el sofá donde Patty la había tapado con unas mantas. Patty había sido de una generosidad implacable al ofrecerse a cuidar de Connie mientras Carol iba a trabajar o hacía la compra o se dedicaba a sus asuntos de la noche del jueves, y Carol había acabado dependiendo de ella para un sinfín de horas de canguro gratuitas. Difícilmente habría escapado a la atención de Patty que Carol devolvía esta generosidad actuando

como si la hija de la propia Patty, Jessica, no existiese, y mimando indebidamente a su hijo, Joey («¿Qué? ¿No va a darme otro besazo este galán irresistible?»), y arrimándose mucho a Walter en las fiestas del barrio, con sus blusas vaporosas y sus tacones de camarera de bar de copas, elogiando las proezas de Walter en las reformas de la casa y soltando estridentes carcajadas ante todo lo que él decía; pero durante muchos años lo peor que Patty decía de Carol era que las madres solteras tenían una vida difícil, y si Carol se comportaba a veces de forma extraña con ella era seguramente por una cuestión de orgullo.

En opinión de Seth Paulsen, que hablaba de Patty un poco demasiado a menudo para gusto de su mujer, los Berglund eran de esos progresistas hiperculpabilizados que necesitaban perdonar a todo el mundo para que se les perdonara a ellos su propia buena suerte; que carecían del valor necesario para asumir sus privilegios. Uno de los problemas de la teoría de Seth era que los Berglund no eran unos privilegiados en absoluto; su único bien conocido era la casa, que habían reformado con sus propias manos. Otro problema, como Merrie Paulsen señaló, era que el progresismo de Patty dejaba mucho que desear, por no hablar de su feminismo (se quedaba en casa con su calendario de cumpleaños, horneando sus condenadas galletas), y parecía del todo alérgica a la política. Si alguien le mencionaba unas elecciones o a un candidato, la veía esforzarse en vano por mantener su alegría natural de siempre, la veía alterarse y asentir más de la cuenta, demasiado sí, sí, sí. Merrie, que tenía diez años más que Patty y los aparentaba del primero al último, había sido miembro activo de Estudiantes por una Sociedad Democrática en Madison y ahora era activísima representante de la fiebre del Beaujolais *nouveau*. Cuando Seth, en una cena, mencionó a Patty por tercera o cuarta vez, Merrie enrojeció de un color tinto *nouveau* y declaró que en la supuesta buena vecindad de Patty Berglund no había la menor conciencia en sentido amplio, ni la menor solidaridad, ni el menor contenido político, ni la menor estructura fungible, ni el menor espíritu comunitario; todo eran chorradas retrógradas de ama de casa, y la verdad, en opinión de Merrie, si uno rascaba bajo la superficie de aparente amabilidad, podía encontrar en Patty, para su sorpresa,

algo duro y egoísta y competitivo y reaganita. Saltaba a la vista que lo único que le importaba eran sus hijos y su casa, no sus vecinos, ni los pobres, ni su país, ni sus padres, ni siquiera su propio marido.

Y era innegable que Patty vivía pendiente de su hijo varón. Pese a que Jessica era el motivo de orgullo más obvio para sus padres —entusiasta de los libros, apasionada de la naturaleza, flautista de talento, leal en el campo de fútbol, canguro muy solicitada, no tan guapa como para que eso la deformara moralmente, admirada incluso por Merrie Paulsen—, Joey era el niño de quien Patty hablaba continuamente. Con su autodesprecio característico, risueña, como en confianza, vertía una carretada de detalles sin filtrar sobre las dificultades que tenían Walter y ella con Joey. Presentaba en forma de queja la mayoría de sus anécdotas, y sin embargo nadie dudaba que adoraba al chico. Era como una mujer lamentándose de su novio guapo pero gilipollas. Como si se enorgulleciera de que le pisoteara el corazón: como si lo principal, quizá lo único, que le interesara dar a conocer al mundo fuera su propia predisposición a aceptar ese pisoteo.

—Está comportándose como un auténtico cabroncete —dijo una vez a las otras madres durante el largo invierno de las Guerras a la Hora de Acostarse, en la época en que Joey reafirmaba su derecho a irse a dormir a la misma hora que Patty y Walter.

—¿Tiene rabietas? ¿Llora? —preguntaron las otras madres.

—¿Estáis de broma? —contestó Patty—. Ojalá llorase. Una llorera sería algo normal, y tendría un principio y un fin.

—¿Qué hace, pues? —preguntaron las madres.

—Pone en duda los fundamentos de nuestra autoridad. Le ordenamos que apague la luz, pero su postura es que él no debería estar obligado a dormirse hasta que nosotros apaguemos la nuestra, porque es exactamente igual que nosotros. Y os lo juro por Dios, es como un reloj... cada quince minutos... os juro que se queda ahí tumbado mirando el despertador, y cada quince minutos grita: «¡Sigo despierto! ¡Sigo aquí despierto!» Con ese tonillo de desprecio, o de sarcasmo... mira que es raro. Yo le suplico a Walter que no pique, pero nada, llegamos otra vez a las doce menos cuarto, y ahí tienes a Walter, en la habitación de Joey a oscuras, discutiendo una vez más acerca de la diferencia entre los adultos

y los niños, y de si una familia es una democracia o una dictadura blanda, hasta que al final soy yo quien se enrabieta, y entonces, tendida en la cama, empiezo a gimotear: «Basta ya, por favor, basta ya.»

Merrie Paulsen no le veía ninguna gracia a la anécdota de Patty. Más tarde, esa noche, mientras metía en el lavavajillas los platos de la reunión, le comentó a Seth que no la sorprendía que Joey no diferenciara claramente entre niños y adultos: por lo visto, su propia madre no tenía del todo claro qué era ella, si niña o adulta. ¿Había observado Seth que en las historias de Patty siempre era Walter quien imponía disciplina, como si Patty fuese sólo una espectadora irresponsable cuya única función era ser mona?

—Me pregunto si de verdad está enamorada de Walter —reflexionó Seth con optimismo en voz alta, descorchando una última botella—. Físicamente, quiero decir.

—El subtexto siempre es «mi hijo es extraordinario» —continuó Merrie—. Siempre se queja de su gran capacidad de atención.

—Bueno, para ser justos —señaló Seth—, eso debe verse en el contexto de la tozudez del niño. Su infinita paciencia a la hora de desafiar la autoridad de Walter.

—Cada palabra que Patty pronuncia sobre él es una manera velada de alardear.

—¿Y tú no alardeas nunca? —preguntó Seth con sorna.

—Quizá sí —respondió Merrie—, pero al menos soy mínimamente consciente de la impresión que causo en los demás al hablar. Y mi sentido de mi propia valía no se basa en lo extraordinarios que son nuestros hijos.

—Eres la madre perfecta —insistió Seth.

—No, ésa sería Patty —lo corrigió Merrie a la vez que aceptaba más vino—. Yo sólo soy muy buena madre.

Joey lo tenía demasiado fácil, se quejaba Patty. Con el pelo rubio como el oro, era guapo y parecía conocer de forma innata las respuestas a todo examen que pudieran ponerle en el colegio, como si llevara codificadas en el mismísimo ADN las secuencias de opciones A, B, C y D de las pruebas de opción múltiple. Se sentía anormalmente a gusto con vecinos que le quintuplicaban la edad. Cuando su colegio o su manada de lobatos de los boy



scouts lo obligaban a vender dulces o números de rifa de puerta en puerta, admitía con toda sinceridad que aquello era un «timo». Perfeccionó una sonrisa de deferencia en extremo irritante ante juguetes o juegos que tenían otros niños pero Patty y Walter se negaban a comprarle. Para borrarle esa sonrisa, sus amigos insistían en compartir sus cosas, y así llegó a ser un crack de los videojuegos, pese a que sus padres no eran partidarios de los videojuegos, y desarrolló una familiaridad enciclopédica con la música urbana de la que sus padres protegían sus oídos preadolescentes con tanto afán. No tendría más de once o doce años cuando una noche, en la cena, sin querer o adrede, llamó «hijo» a su padre, o eso contó Patty.

—No veas lo mal que le sentó a Walter —les dijo a las otras madres.

—Así es como hablan ahora los adolescentes entre ellos —comentaron las madres—. Cosas del rap.

—Eso dijo Joey —respondió Patty—. Dijo que no era más que una palabra, y ni siquiera una palabrota. Y por supuesto Walter se permitió discrepar. Y yo, allí sentada, pienso: «Wal-ter, Wal-ter, no le sigas el juego, no sirve de nada discutir»; pero no, él tiene la necesidad de explicarle que si bien «chico», por ejemplo, no es una palabrota, no puede decirse a un hombre mayor, y menos a un negro, pero, claro, el problema con Joey es que se niega a admitir que exista una diferencia entre niños y personas mayores, y al final Walter acaba diciéndole que se queda sin postre, y Joey responde que de todos modos tampoco lo quiere, que en realidad ni siquiera le gustan mucho los postres, y yo, allí sentada, pienso: «Wal-ter, Wal-ter, no le sigas el juego», pero Walter no puede evitarlo: necesita demostrarle a Joey que en realidad le encantan los postres. Pero Joey no acepta polemizar con Walter. Miente descaradamente, claro, pero afirma que sólo repite postre porque es la costumbre, no porque le guste de verdad, y el pobre Walter, que no soporta que le mientan, dice: «Vale, si no te gustan, a ver qué te parece quedarte un mes entero sin postre.» Y yo pienso, «Uy, Wal-ter, Wal-ter, esto no va a acabar bien», porque la respuesta de Joey es «Me quedaré un año entero sin postre, no volveré a comer postre en la vida, excepto por educación en otras casas», lo que, curiosamente, es una amenaza creíble: es tan tozudo que es muy capaz. Y yo salgo

con que: «Eh, chicos, tiempo muerto, el postre es un grupo alimentario importante, no nos pasemos», cosa que mina al instante la autoridad de Walter, y como toda la discusión giraba en torno a su autoridad, me las he apañado para echar por tierra todos los avances que él había conseguido.

La otra persona que quería a Joey con locura era Connie, la niña Monaghan. Era una personita seria y callada con el desconcertante hábito de sostenerte la mirada sin parpadear, como si no tuviera nada en común contigo. Por las tardes, era parte integrante de la cocina de Patty, donde se afanaba en moldear masa de galletas en esferas geométricamente perfectas, poniendo tal empeño que la mantequilla se derretía y la masa adquiría un brillo oscuro. Patty formaba once bolas por cada una de Connie, y cuando salían del horno, Patty nunca dejaba de pedirle permiso a Connie para comerse la galleta «de verdad sobresaliente» (la más pequeña, la más plana, la más dura). Jessica, que era un año mayor que Connie, no parecía tener inconveniente en ceder la cocina a la hija de la vecina mientras ella leía libros o jugaba con sus terrarios. Connie no suponía la menor amenaza para una niña tan equilibrada como Jessica. Connie no tenía noción de totalidad: ella era todo profundidad, sin amplitud. Cuando coloreaba, se abstraía saturando una o dos áreas con un rotulador y dejaba el resto en blanco, ajena a las alentadoras e insistentes sugerencias de Patty para que probara otros colores.

La absoluta dedicación de Connie a Joey pronto fue evidente para todas las madres del barrio excepto, al parecer, para Patty, quizá por su propia dedicación a él. En Linwood Park, donde a veces Patty organizaba actividades deportivas para los niños, Connie se quedaba sentada sola en la hierba y confeccionaba collares con flores de trébol para nadie, dejando correr los minutos hasta que Joey bateaba o avanzaba con el balón de fútbol, despertando su interés momentáneamente. Era como una amiga imaginaria que daba la casualidad de que era visible. Joey, con su precoz dominio de sí mismo, rara vez consideraba necesario tratarla mal delante de sus amigos, y Connie, por su parte, cuando quedaba claro que los chicos se marchaban a hacer cosas de chicos, sabía que le convenía más retraerse y esfumarse sin reproches ni súplicas. Siempre le que-

daba el día de mañana. Durante mucho tiempo, siempre le quedaba también Patty, de rodillas entre sus hortalizas o subida a una escalera con una camisa de lana salpicada de pintura, entregada a la sisífica labor del mantenimiento de la casa victoriana. Si Connie no podía estar cerca de Joey, podía al menos serle útil haciéndole compañía a su madre en su ausencia.

—¿Cómo llevamos los deberes? —preguntaba Patty desde la escalera—. ¿Necesitas ayuda?

—Ya me ayudará mi madre cuando llegue.

—Estará cansada, será tarde. Podrías sorprenderla y tenerlo ya todo hecho. ¿Quieres?

—No, esperaré.

Cuándo exactamente Connie y Joey empezaron a follar, nadie lo sabía. Seth Paulsen, sin pruebas, sólo por escandalizar a la gente, se complacía en opinar que fue cuando Joey tenía once años y Connie doce. Las especulaciones de Seth se centraban en la intimidad propiciada por un fuerte que Walter le había ayudado a construir a Joey en lo alto de un viejo manzano silvestre del descampado. Ya a finales de octavo, el nombre de Joey empezaba a salir en las respuestas de los niños del vecindario cuando sus padres, con forzada naturalidad, los interrogaban sobre el comportamiento sexual de sus compañeros de colegio, y más tarde Jessica probablemente se había dado cuenta de algo, en los últimos días de ese verano; de pronto, sin decir por qué, comenzó a tratar con chocante desdén a Connie y a su hermano. Pero nadie los vio andar juntos por ahí hasta el siguiente invierno, cuando se embarcaron en un negocio.

Según Patty, la lección que Joey había aprendido de sus continuas discusiones con Walter era que los niños se veían obligados a obedecer a sus padres porque eran los padres quienes tenían el dinero. Eso se convirtió en un ejemplo más de la excepcionalidad de Joey: mientras que las otras madres se lamentaban de lo autorizados que se sentían sus hijos a exigir dinero, Patty presentaba cómicas caricaturas de lo mucho que mortificaba a Joey tener que suplicarle financiación a Walter. Los vecinos que contrataban los servicios de Joey sabían que paleaba nieve y rastrillaba hojas con asombrosa diligencia, pero en el fondo, según Patty, detestaba la

escasa paga y consideraba que retirar la nieve del camino de acceso de un adulto lo ponía en una relación poco deseable con dicho adulto. Los ridículos métodos para ganar dinero propuestos en las publicaciones de los boy scouts —vender suscripciones para la revista de puerta en puerta, aprender trucos de magia y ofrecer funciones de magia cobrando la entrada, adquirir instrumental de taxidermia y disecar la lucioperca por la que el vecino había ganado un premio de pesca— apestaban todos por igual a servilismo («Soy un taxidermista al servicio de la clase dominante») o, peor aún, a beneficencia. Y por tanto, inevitablemente, en su afán por liberarse de Walter, se vio atraído hacia la actividad empresarial.

Alguien, tal vez incluso la propia Carol Monaghan, pagaba las mensualidades de Connie en una pequeña escuela católica, Saint Catherine's, donde las niñas vestían de uniforme y tenían prohibida toda clase de joyas salvo una sortija («sencilla, únicamente de metal»), un reloj de pulsera («sencillo, sin piedras preciosas») y un par de pendientes («sencillos, únicamente de metal, de un centímetro y medio de largo como máximo»). Dio la casualidad de que una de las niñas de noveno más admiradas del colegio de Joey, el Central High, había ido de viaje a Nueva York con su familia y había traído de allí un reloj barato, muy apreciado a la hora del almuerzo, en cuya correa amarilla de aspecto masticable un vendedor ambulante de Canal Street había termoestampado, a petición de la niña, unas pequeñas letras de plástico de color rosa caramelo que componían el título de una canción de Pearl Jam, DON'T CALL ME DAUGHTER, «No me llames hija». Como el propio Joey contaría después en sus solicitudes de plaza a las universidades, tomó de inmediato la iniciativa de investigar quién era el proveedor mayorista de aquel reloj y cuánto costaba una termoestampadora. Invertió cuatrocientos dólares de sus propios ahorros en el equipo, hizo una correa de plástico de muestra para Connie («READY FOR THE PUSH», rezaba: «Lista para el empujón») con la idea de que la exhibiera en Saint Catherine's, y luego, empleando a Connie como mensajera, vendió relojes personalizados nada menos que a una cuarta parte de sus compañeras de escuela, a treinta dólares la pieza, hasta que las monjas se percataron y rectificaron el código indumentario a fin de prohibir las correas de reloj con

texto estampado. Cosa que, naturalmente —como Patty contó a las otras madres—, a Joey le pareció indignante.

—No hay razón para indignarse —dijo Walter—. Tú te beneficiabas de una restricción artificial del comercio. No vi que te quejaras de las normas cuando te favorecían.

—Hice una inversión. Corrí un riesgo.

—Te aprovechabas de una laguna legal, y ellas han subsanado esa laguna. ¿Es que no lo viste venir?

—¿Y tú por qué no me avisaste?

—Sí te avisé.

—Sólo me avisaste de que podía perder dinero.

—Bueno, y ni siquiera has perdido dinero. Sencillamente no has ganado tanto como esperabas.

—Aun así, es dinero que debería haberme embolsado.

—Joey, ganar dinero no es un derecho. Estás vendiendo quincalla que en realidad esas niñas no necesitan y que posiblemente algunas de ellas ni siquiera puedan permitirse. Por eso el colegio de Connie impone un código indumentario: es lo más justo para todos.

—Ya, para todos menos para mí.

Por la manera en que Patty contó esta conversación, riéndose de la indignación inocente de Joey, Merrie Paulsen vio claro que Patty aún no tenía la menor sospecha de lo que hacía su hijo con Connie Monaghan. Para cerciorarse, Merrie sondeó un poco. ¿Sabía Patty qué sacaba Connie a cambio de sus esfuerzos? ¿Trabajaba a comisión?

—Ah, sí, le dijimos que debía darle la mitad de las ganancias —contestó Patty—. Pero lo habría hecho de todos modos. Siempre ha tenido una actitud muy protectora con ella, pese a que es menor.

—Es como un hermano para ella...

—No creas —bromeó Patty—; la trata mucho mejor. Pregúntale a Jessica cómo es ser hermana de Joey.

—Ja, sí, claro. Ja, ja —rió Merrie.

Hablando con Seth más tarde, ese mismo día, Merrie le dio el parte:

—Por asombroso que parezca, no tiene ni idea.

—Considero que recrearse en la ignorancia de otros padres es un error —respondió Seth—. Es tentar al destino, ¿no te parece?

—Lo siento, pero es una anécdota deliciosa: tiene mucha gracia. Ya te ocuparás tú de no regodearte y de mantener a raya el destino.

—Me da pena por ella.

—Pues lo siento, pero yo lo encuentro divertidísimo.

Hacia finales de ese invierno, en Grand Rapids, la madre de Walter sufrió una embolia pulmonar y se desplomó en el suelo de la boutique de ropa de mujer donde trabajaba. En Barrier Street conocían a la señora Berglund por sus visitas en Navidad, en los cumpleaños de los niños, o en su propio cumpleaños, cuando Patty la llevaba a una masajista del barrio y la colmaba de regaliz y nueces de macadamia y chocolate blanco, sus antojos preferidos. Merrie Paulsen la llamaba, sin la menor maldad, «Miss Bianca», por la ratona con gafas de los cuentos infantiles de Margery Sharp. Su rostro, en otro tiempo hermoso, tenía un aspecto apergaminado, y le temblaban la mandíbula y las manos, una de las cuales se le había quedado muy atrofiada a causa de una artritis infantil. Se había consumido, estragado físicamente, decía Walter con amargura, debido a toda una vida de duro trabajo al servicio del borracho de su padre, en el motel de carretera que tenían cerca de Hibbing, pero ella se empeñaba en conservar la independencia y un aire elegante en su viudez, y por tanto seguía yendo a la boutique al volante de su viejo Chevy Cavalier. Ante la noticia de la embolia, Patty y Walter partieron sin pérdida de tiempo rumbo al norte, dejando a Joey bajo la supervisión de su desdenosa hermana mayor. Fue poco después del subsiguiente festival de polvos adolescentes que Joey llevó a cabo en su habitación en manifiesto desafío a Jessica, y que sólo concluyó con la repentina muerte y entierro de la señora Berglund, cuando Patty se convirtió en una vecina muy distinta, una vecina mucho más sarcástica.

—Ah, Connie, sí —era ahora su cantinela—, tan buena chica, tan calladita e inofensiva, con una madre tan formal. Por cierto, me he enterado de que Carol tiene un novio nuevo, todo un macho, y ella le dobla la edad poco más o menos. ¿No sería una verdadera lástima que se mudaran ahora a otro sitio, con todo lo

que ha hecho Carol para alegrarnos la vida? Y Connie... uf, vaya si la echaría de menos también a ella. Ja, ja. Con lo calladita y buena y agradecida que es...

Patty tenía un aspecto lamentable: pálida, falta de sueño, desnutrida. Había tardado muchísimo en empezar a aparentar su edad, pero ahora por fin Merrie Paulsen veía recompensada su espera.

—Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que lo ha descubierto —le dijo Merrie a Seth.

—Han raptado a su cachorro: no podría haber crimen más atroz —comentó Seth.

—Se lo han raptado, exacto —convino Merrie—. El pobre Joey, inocente e intachable, secuestrado por ese pequeño portento de inteligencia de la casa de al lado.

—Bueno, tiene un año y medio más.

—Eso según el calendario.

—Tú dirás lo que quieras —observó Seth—, pero Patty quería de verdad a la madre de Walter. Tiene que estar muy apenada.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé. Seth, lo sé. Y ahora puedo sentir sincera lástima por ella.

Otros vecinos más cercanos a los Berglund que los Paulsen informaron de que Miss Bianca había dejado en herencia su pequeña ratonera, a orillas de un lago menor próximo a Grand Rapids, únicamente a Walter, excluyendo a sus dos hermanos. Según contaron, hubo ciertas discrepancias entre Walter y Patty en cuanto a qué hacer al respecto, ya que Walter quería vender la casa y repartir las ganancias entre él y sus hermanos, y Patty insistía en que debía respetar la última voluntad de su madre: premiarlo por ser el hijo bueno. El hermano menor era militar de carrera y vivía en el Mojave, en la base aérea, mientras que el mayor se había pasado toda su vida adulta perseverando en el proyecto de su padre, que consistía en entregarse inmoderadamente a la bebida y tener a su madre por completo abandonada salvo para explotarla económicamente. Walter y Patty siempre habían llevado a los niños a ver a la abuela durante una o dos semanas en verano, invitando a menudo a una o dos amigas de Jessica, que describían la finca como rústica y boscosa y sin más bichos de la cuenta. Quizá

por consideración a Patty, que parecía haberse entregado también inmoderadamente a la bebida —por la mañana, cuando salía al camino de acceso a recoger el *New York Times* con su faja azul y el *Star Tribune* con su faja verde, su tez era un gran manchurrón de color chardonnay—, Walter accedió finalmente a quedarse con la casa para pasar las vacaciones allí, y en junio, en cuanto acabaron las clases, Patty se llevó a Joey al norte para que la ayudara a vaciar los cajones y limpiar y pintar mientras Jessica permanecía en casa con Walter y hacía un curso complementario de poesía.

Ese verano, varios vecinos, entre los que no se contaban los Paulsen, llevaron a sus hijos de visita a la casa del lago. Encontraron a Patty mucho más animada. A su regreso, un padre invitó a Seth Paulsen, en privado, a imaginársela bronceada y descalza, con un bañador negro y unos vaqueros sin cinturón, un look muy del agrado de Seth. En público, todos comentaron lo atento y poco esquivo que estaba Joey, y lo bien que parecían pasárselo allí Patty y él. Habían obligado a todos los visitantes a jugar con ellos a un complicado juego de mesa que llamaban «Asociaciones». Patty se quedaba por las noches hasta tarde delante del mueble televisor de su suegra, entreteniéndolo a Joey con su intrincado conocimiento de las comedias de productoras independientes de los años sesenta y setenta. Joey, que descubrió que su lago no aparecía en los mapas locales —en realidad era una charca grande donde sólo había una casa más—, lo bautizó Sin Nombre, y Patty pronunciaba el nombre con ternura, con sentimentalismo, «nuestro lago Sin Nombre». Seth Paulsen se enteró de que Joey trabajaba largas jornadas allí, desatascando los canalones y raspando pintura y desbrozando, y se preguntó si acaso Patty le daría una sustanciosa paga por sus servicios, si eso formaría parte del trato. Pero nadie lo sabía.

En cuanto a Connie, casi siempre que los Paulsen miraban por una ventana orientada hacia la casa de las Monaghan, la veían allí, esperando. Desde luego era una chica muy paciente: tenía el metabolismo de un pez en invierno. Por las noches trabajaba recogiendo mesas en W.A. Frost, pero por las tardes, entre semana, aguardaba en los escalones de la puerta de su casa mientras en la calle pasaban los vendedores de helados y jugaban los niños más pequeños, y los fines de semana se sentaba en una tumbona en la



parte de atrás, lanzando esporádicas miradas a las ruidosas, violentas y arbitrarias labores de reforma en la casa y la tala de árboles en el jardín emprendidas por el nuevo novio de su madre, Blake, con sus compinches no sindicados del ramo de la construcción, pero sobre todo se limitaba a esperar.

—Y bien, Connie, ¿qué hay de interesante en tu vida últimamente? —le preguntó Seth desde el callejón que separaba los jardines traseros de ambas casas.

—¿Aparte de Blake, quieres decir?

—Sí, aparte de Blake.

Connie pensó un momento y negó con la cabeza.

—Nada —contestó.

—¿Te aburres?

—La verdad es que no.

—¿Vas al cine? ¿Lees?

Connie fijó en Seth aquella mirada suya de «tú y yo no tenemos nada en común».

—He visto *Batman*.

—¿Y qué sabes de Joey? Estabais muy unidos. Supongo que lo echas de menos.

—Volverá —dijo ella.

Una vez resuelto el viejo conflicto de las colillas —Seth y Merrie admitieron la posibilidad de haber exagerado el recuento de colillas caídas en la piscinita a lo largo del verano, e incluso la posibilidad de haberse excedido en su reacción—, habían descubierto en Carol Monaghan un pozo de información ilimitada sobre la política municipal del Partido Demócrata, en la que Merrie participaba cada vez más. Carol contaba con toda naturalidad espeluznantes anécdotas sobre la inmundicia maquiavélica, sobre las cloacas subterráneas, sobre las contratas amañadas, sobre los cortafuegos permeables, sobre la contabilidad creativa, y veía complacida cómo Merrie se horrorizaba. Ésta acabó valorando a Carol como paradigma encarnado de la corrupción municipal que ella se proponía combatir. La gran virtud de Carol era que en apariencia nunca cambiaba: seguía poniéndose de tiros largos los jueves por la noche para quien fuera, año tras año tras año, manteniendo viva la tradición patriarcal de la política urbana.

Y de pronto, un buen día, Carol cambió. Era algo que se respiraba en el ambiente desde hacía un tiempo. El alcalde, Norm Coleman, se había metamorfoseado en republicano, y un ex luchador profesional iba camino de la mansión del gobernador. En el caso de Carol, el catalizador fue su nuevo novio, Blake, un joven operario de excavadora con perilla al que había conocido en el registro municipal de permisos y licencias, y por quien cambió de imagen espectacularmente. Atrás quedaron los peinados complicados y los vestidos de chica de compañía, y aparecieron los pantalones ajustados, el pelo escalado y menos maquillaje. Una Carol que nadie había visto nunca, de hecho, una Carol feliz, saltaba exultante de la pickup F-250 de Blake, dejando que la palpitante música de rock progresivo se propagara por la calle, y cerraba la puerta de su lado con un brioso empujón. Al cabo de poco tiempo Blake empezó a quedarse a dormir en su casa, y se paseaba por allí con un jersey de los Vikings, las botas de trabajo desatadas y una lata de cerveza en la mano, y no mucho después ya estaba talando todos los árboles del jardín trasero con la motosierra y yendo a lo loco de aquí para allá con una excavadora alquilada. En el parachoques de su pickup llevaba una pegatina en que se leía SOY BLANCO Y VOTO.

Los Paulsen, que recientemente habían concluido también unas prolongadas reformas, eran reacios a quejarse del ruido y el caos, y Walter, el vecino del otro lado, era demasiado buena persona o estaba demasiado ocupado, pero cuando por fin Patty volvió a casa a finales de agosto, después de unos meses en el campo con Joey, casi perdió la razón ante tal horror, y se dedicó a ir de puerta en puerta por toda la calle, con la mirada enloquecida, para vilipendiar a Carol Monaghan.

—Disculpad —decía—, ¿qué ha pasado aquí? ¿Puede alguien explicarme qué ha pasado? ¿Ha declarado alguien la guerra a los árboles sin avisarme? ¿Quién es ese Paul Bunyan de la pickup? ¿De qué va esto? ¿No sigue de alquiler? ¿Está permitido exterminar los árboles siendo sólo inquilino? ¿Cómo es posible que derribe la pared trasera de una casa si ni siquiera es la dueña? ¿La ha comprado sin que nos enteremos? ¿Cómo se las ha arreglado? Ni siquiera es capaz de cambiar una bombilla sin llamar a mi marido.

«Perdona que te moleste a la hora de la cena, Walter, pero hay un interruptor que, cuando le doy, no hace nada. ¿Te importaría venir ahora mismo? Y ya que estás aquí, cielo, ¿puedes ayudarme con la declaración de la renta? Mañana termina el plazo y aún no se me ha secado el esmalte de uñas.» ¿Cómo ha podido esa misma persona conseguir una hipoteca? ¿Es que no tiene facturas pendientes de Victoria's Secret? ¿Cómo se le permite siquiera tener novio? ¿No hay cierto pez gordo en Minneapolis? ¿No debería alguien poner al corriente a ese pez gordo?

Sólo cuando Patty llegó a la puerta de los Paulsen, muy abajo en su lista de vecinos que visitar, obtuvo algunas respuestas. Merrie explicó que, en efecto, Carol Monaghan ya no era inquilina. La casa de Carol era una de los varios centenares que habían pasado a ser propiedad de la concejalía de la vivienda en los años de vacas flacas y ahora las vendían a precio de saldo.

—¿Cómo es que no me he enterado yo de eso? —preguntó Patty.

—No lo has preguntado —respondió Merrie. Y sin poder contenerse, añadió—: Nunca has mostrado especial interés por los asuntos municipales.

—¿Y dices que le ha salido barata?

—Muy barata. Resulta muy útil conocer a las personas indicadas.

—¿Y tú qué opinas de eso?

—Me da asco, tanto fiscal como filosóficamente —contestó Merrie—. Ésa es una de las razones por las que colaboro con Jim Scheibel.

—A mí siempre me ha encantado este barrio, ¿sabes? —comentó Patty—. Siempre me ha gustado vivir aquí, incluso al principio. Y ahora, de pronto, lo veo todo sucio y feo.

—No te deprimas, implícate —dijo Merrie, y le dio unas octavillas.

—No me gustaría estar en la piel de Walter ahora mismo —observó Seth en cuanto Patty se fue.

—Me alegra oírte decir eso, de verdad —respondió Merrie.

—¿Ha sido una impresión mía o has captado tú también cierto tonillo de descontento conyugal? Me refiero a lo de ayudar

a Carol con la declaración de la renta. ¿Sabes algo de eso? Me ha parecido muy interesante. No tenía noticia. Y ahora Walter no ha sido capaz de proteger la hermosa vista que tenían de los árboles de Carol.

—Todo el asunto es tan retrógrado, tan Ronald Reagan... —señaló Merrie—. Creía que podía vivir en su pequeña burbuja, crear su pequeño mundo. Su propia casita de muñecas.

El anexo que fue surgiendo del lodazal del jardín trasero de Carol, un fin de semana tras otro a lo largo de los siguientes nueve meses, parecía un cobertizo para barcas gigantesco y funcional, con tres ventanas sin gracia intercaladas en el amplio revestimiento de vinilo. Carol y Blake lo llamaban «gran salón», concepto hasta entonces desconocido en Ramsey Hill. Después de la controversia de las colillas, los Paulsen habían levantado una valla alta y plantado una hilera de piceas decorativas, ya bastante crecidas para tapar el espectáculo. Sólo los Berglund disfrutaban de un campo visual despejado, y al cabo de poco tiempo, los demás vecinos eludían toda conversación con Patty, cosa que nunca antes habían hecho, debido a la fijación de ella con lo que llamaba «el hangar». La saludaban desde la calle con un gesto y levantando la voz, pero se cuidaban mucho de aminorar el paso y verse atrapados. Entre las madres trabajadoras, la opinión generalizada era que Patty tenía demasiado tiempo libre. En su momento, había sido fantástica con los niños, enseñándoles deportes y manualidades, pero ahora casi todos los chicos de la calle eran adolescentes. Por mucho que intentara llenar sus propios días, siempre tenía a la vista u oía las obras en la casa contigua. Cada pocas horas, salía de la suya y deambulaba por su jardín trasero, lanzando miradas al gran salón como un animal al que han alborotado el nido, y a veces, al anochecer, se acercaba a llamar a la puerta de contrachapado provisional del gran salón.

—Hola, Blake, ¿cómo va?

—Va bien.

—A juzgar por lo que oigo, eso parece. Oye, por cierto, esa sierra circular hace mucho ruido y ya son las ocho y media de la noche. ¿Qué tal si das la jornada por concluida?

—Pues mal, la verdad.

—Ya, ¿y si te pido que pares ya, así sin más?

—No sé qué decirte. Pero ¿y qué te parece si me dejas acabar mi trabajo?

—Pues me parece francamente mal, porque el ruido nos resulta muy molesto, la verdad.

—Ya, bueno, pues ¿sabes qué te digo? Lo siento.

Patty dejó escapar una carcajada estridente e involuntaria, como un relincho.

—¡Ja, ja, ja! ¿Lo sientes?

—Sí, oye, lamento mucho todo este ruido. Pero, según Carol, cuando vosotros reformabais la casa hubo ruido durante cinco años.

—Ja, ja, ja. No recuerdo que se quejara nunca.

—Vosotros hacíais lo que teníais que hacer. Y yo ahora hago lo que tengo que hacer.

—Pero lo que tú haces es francamente feo. Perdona, pero es que es más bien espantoso. Horrible y espantoso, así de sencillo. De verdad. Es la realidad pura y dura. Aunque no es ésa la cuestión. La cuestión es la sierra.

—Esto es una propiedad privada y tienes que marcharte ya.

—Vale, pues no me quedará más remedio que llamar a la policía, supongo.

—Me parece bien, adelante.

A continuación se la veía deambular por el callejón trasero, temblando de frustración. En efecto, avisó a la policía repetidamente por el ruido, y unas cuantas veces incluso se presentaron unos agentes y cruzaron unas palabras con Blake, pero pronto se cansaron de sus llamadas y no volvieron hasta febrero, cuando alguien rajó los cuatro preciosos neumáticos para nieve nuevos de la F-250 de Blake, y éste y Carol enviaron a los agentes a la vecina de al lado que tantas veces se había quejado por teléfono. Como consecuencia de ello, Patty volvió a recorrer la calle de puerta en puerta, despoticando.

—La sospechosa evidente, ¿eh? La madre de la casa de al lado con un par de hijos adolescentes. Yo, la delincuente empedernida, ¿eh? ¡Yo, la demente! Ese hombre tiene el vehículo más grande y más feo de la calle, lleva en el parachoques pegatinas de lo más

ofensivas para cualquiera que no sea un supremacista blanco, y sin embargo, Dios mío, ya ves tú qué misterio: ¿quién sino yo podría querer rajarle los neumáticos?

Merrie Paulsen estaba convencida de que la rajadora era, en efecto, Patty.

—No me cuadra —dijo Seth—. Es decir, salta a la vista que lo está pasando mal, pero no es una mentirosa.

—Cierto, aunque en realidad, que yo sepa, en ningún momento ha dicho que no haya sido ella. Esperemos que tenga un buen terapeuta. Desde luego, le vendría bien. Eso, y un empleo a jornada completa.

—Mi duda es: ¿dónde está Walter?

—Walter se mata a trabajar para ganarse el salario, y así ella puede quedarse todo el día entre sus cuatro paredes y ser un ama de casa desquiciada. Él es un buen padre para Jessica y una especie de principio de realidad para Joey. Diría que con eso ya tiene más que suficiente entre manos.

La cualidad más destacada de Walter, aparte de su amor por Patty, era su bondad natural. Era de esos buenos oyentes que parecen encontrar a los demás más interesantes y admirables que él. Tenía una piel ridículamente blanca, el mentón hundido, unos rizos de querubín en lo alto de la cabeza, y llevaba desde siempre las mismas gafas redondas de montura metálica. Había iniciado su carrera profesional en 3M como abogado en el departamento de asesoría jurídica, pero allí no prosperó y lo relegaron a prestaciones sociales y obras benéficas, un callejón sin salida donde la bondad natural era un valor. En Barrier Street siempre andaba repartiendo magníficas entradas gratuitas para el teatro Guthrie y la Orquesta de Cámara y contando a los vecinos anécdotas sobre sus encuentros con famosos del lugar como Garrison Keillor y Kirby Puckett y, en una ocasión, Prince. En fecha reciente, y para sorpresa de todos, se había marchado de 3M y había entrado a trabajar en la organización ecologista Nature Conservancy como gerente de desarrollo. Salvo los Paulsen, nadie había sospechado que acumulara tal reserva de insatisfacción, pero Walter sentía tanto entusiasmo por la naturaleza como por la cultura, y el único cambio exterior en su vida fue su limitada presencia en casa los fines de semana.

Puede que esta limitada presencia fuera una de las razones por las que no intervino, como habría cabido esperar, en la batalla entre Patty y Carol Monaghan. Su respuesta, si alguien le preguntaba a bocajarro, era una risa nerviosa. «En eso soy algo así como un espectador neutral», decía. Y como espectador neutral permaneció toda la primavera y el verano del segundo curso de instituto de Joey y hasta el otoño siguiente, cuando Jessica se fue a una universidad del este y Joey se marchó de casa para instalarse con Carol, Blake y Connie.

Dicho traslado fue un pasmoso acto de sedición y una puñalada en el corazón para Patty: el principio del fin de su vida en Ramsey Hill. Joey había pasado julio y agosto en Montana, trabajando en el rancho montañés de uno de los principales donantes de Walter para Nature Conservancy, y había regresado con unos hombros anchos y masculinos y cinco centímetros más de estatura. Walter, que por lo general no alardeaba, había admitido ante los Paulsen, en un picnic de ese agosto, que el donante le había telefoneado para decirle que estaba «alucinado» por el valor y la resistencia de Joey a la hora de traer al mundo terneros y bañar ovejas en desinfectante. Sin embargo, en ese mismo picnic, Patty tenía ya la mirada perdida a causa de la pena. En junio, antes de irse Joey a Montana, lo había llevado al lago Sin Nombre para ayudarla a reformar la casa, y el único vecino que los visitó describió una tarde espantosa en la que fue testigo de cómo madre e hijo se fustigaban una y otra vez, sacando sus respectivos trapos sucios, burlándose Joey de las rarezas de Patty y llamándola al final «estúpida» a la cara, ante lo que ella exclamó: «¡Ja, ja, ja! ¡Estúpida! ¡Dios santo, Joey! Tu madurez nunca deja de asombrarme. ¡Llamar a tu madre estúpida delante de otras personas! ¡Eso causa muy buena impresión, desde luego! ¡Vaya un hombretón duro e independiente estás hecho!»

Al concluir el verano, Blake casi había terminado las obras del gran salón y lo equipaba con elementos tan blakeanos como una Playstation, un futbolín, un barril de cerveza refrigerado, un televisor de pantalla grande, un hockey de mesa, una araña de cristal con los colores de los Vikings y sillones reclinables mecanizados. A los vecinos sólo les quedaba imaginar los sarcásticos comenta-

rios de Patty durante las cenas acerca de estas instalaciones, y los de Joey calificándola de estúpida e injusta, y los de Walter que, colérico, le exigía a Joey que se disculpara ante Patty; pero no les fue necesario imaginar la noche en que Joey desertó a la casa de al lado, porque Carol Monaghan la describía gustosamente, en voz bien alta y con cierto regodeo, a cualquier vecino lo bastante desleal con los Berglund para escucharla.

—Joey estaba tranquilo, tranquilísimo —decía Carol—. Te lo juro, como si nunca hubiese roto un plato. Fui a su casa con Connie para darle mi apoyo y asegurar a todos que apruebo plenamente el arreglo, porque, conociendo a Walter, con lo considerado que es, seguro que le preocupaba que eso fuera para mí una obligación. Y Joey se comportó de un modo muy responsable, como siempre. Sólo quería que reinara la armonía y que todas las cartas quedaran boca arriba. Explicó que Connie y él me habían planteado la situación, y yo le dije a Walter (porque sabía que eso para él era importante), le dije que la comida no sería un problema. Ahora Blake y yo somos una familia, y con mucho gusto alimentaremos una boca más, y Joey es una gran ayuda con los platos y la basura, y es ordenado, y además, le dije a Walter, antes Patty y él fueron muy generosos con Connie, dándole de comer y demás. Yo quería mostrar mi gratitud, por lo generosos que ellos fueron cuando mi vida estaba patas arriba, y siempre les he estado muy agradecida. Y Joey es tan responsable y tranquilo... Dice que, como Patty ni siquiera deja entrar a Connie en la casa, a él no le queda más remedio para estar con ella, y yo añado que apoyo plenamente la relación (que si todos los jóvenes del mundo fueran tan responsables como ellos dos, el mundo iría mucho mejor) y que es muy preferible que estén en mi casa, sin peligro, como dos chicos responsables, en lugar de andar viéndose a escondidas y metiéndose en líos. Le estoy tan agradecida a Joey que siempre será bienvenido en mi casa. Eso les dije. Y ya sé que no le caigo bien a Patty, siempre me ha mirado por encima del hombro y ha menospreciado a Connie. Lo sé. Sé muy bien de qué es capaz Patty. Ya sabía yo que le daría un ataque. De pronto arruga la cara y sale con que: «¿Te crees que quiere a tu hija? ¿Te crees que está enamorado de ella?» Con esa vocecilla aguda. Como si fuera im-



posible que alguien como Joey se enamorara de Connie, porque yo no fui a la universidad o lo que sea, o no vivo en una casa tan grande o no soy de Nueva York o lo que sea y, a diferencia de ella, tengo un verdadero empleo a jornada completa de cuarenta horas semanales. Patty siente tan poco respeto por mí que casi cuesta creerlo. Pero pensé que con Walter podría hablar. La verdad es que es un encanto de hombre. Rojo como un tomate, creo que de vergüenza, va y dice: «Carol, será mejor que Connie y tú os vayáis para que hablemos con Joey en privado.» Y yo no pongo ningún reparo. No he ido allí para armar lío, no soy una lianta. Pero entonces Joey va y se niega. Dice que no está pidiendo permiso, que sencillamente los está informando de lo que se propone hacer y no hay nada que hablar. Y es entonces cuando Walter pierde los papeles. Pierde los papeles, así sin más. Se lleva tal disgusto que se le saltan las lágrimas... y yo eso lo entiendo, porque Joey es su hijo menor, y Walter no tiene ninguna culpa de que Patty sea tan poco razonable y tan mala con Connie, tanto que para Joey es ya insoportable seguir viviendo con ellos. Pero Walter va y suelta a grito pelado: «¡TIENES DIECISÉIS AÑOS Y NO IRÁS A NINGUNA PARTE HASTA QUE ACABES EL INSTITUTO!» Y Joey le sonrío, tal cual, como si nunca hubiese roto un plato, y dice que la ley no le prohíbe marcharse, y además sólo se va a la casa de al lado. Así, de lo más razonable. Ojalá yo hubiera tenido un uno por ciento de su inteligencia y sangre fría a los dieciséis años. En serio, es un chico fenomenal. De alguna manera, me dio pena por Walter, porque, de pronto, a gritos, sale con que no le va a pagar la universidad y que Joey no podrá volver a Montana el verano que viene, y que lo único que le pide es que vaya a cenar allí y duerma en su propia cama y forme parte de la familia. Y Joey salta: «Todavía formo parte de la familia», algo que, por cierto, nunca había negado. Pero Walter, hecho una furia, empieza a pasearse de un lado a otro de la cocina, y por un momento pienso que va a pegarle, y es que ha perdido los papeles por completo, no deja de chillar: «¡LARGO, LARGO, ESTOY HARTO DE ESTO, LARGO!» Y de pronto desaparece y lo oigo en el piso de arriba, en la habitación de Joey, abriendo los cajones de Joey o yo qué sé, y Patty sube corriendo y los dos se lían a gritos, y Connie y yo abrazamos a Joey, porque es la única

persona sensata de la familia y nos da mucha pena, y es entonces cuando veo claro que lo mejor para él es venirse a vivir con nosotros. Walter, furioso, vuelve a bajar, y oímos a Patty berrear como una posesa... ha perdido los papeles por completo... y Walter se pone a gritar otra vez: «¡¿NO TE DAS CUENTA DE LO QUE LE ESTÁS HACIENDO A TU MADRE?!» Porque todo el problema es con Patty, ¿me explico? Siempre tiene que ser la víctima. Y Joey se queda allí de pie, negando con la cabeza, por lo evidente que es. ¿Por qué iba a querer vivir en un sitio así?

Aunque algunos vecinos sin duda se deleitaron al ver que Patty recogía ahora lo sembrado por la excepcionalidad de su hijo, el hecho era que Carol Monaghan nunca había despertado grandes simpatías en Barrier Street, Blake era aborrecido por la mayoría, Connie ponía los pelos de punta y nunca nadie había confiado realmente en Joey. Cuando corrió la voz de su insurrección, las emociones dominantes entre la aristocracia urbana de Ramsey Hill fueron de lástima por Walter, inquietud por la salud mental de Patty, y una abrumadora sensación de alivio y gratitud por lo normales que eran sus propios hijos: lo dispuestos que estaban a aceptar la prodigalidad paterna, la inocencia con que exigían ayuda para hacer sus deberes o redactar sus solicitudes de ingreso a la universidad, la docilidad con que accedían a informar por teléfono de su paradero después de clase, la desinhibición con que los ponían al corriente de sus pequeños varapalos cotidianos, la tranquilizadora previsibilidad de sus incursiones en el sexo, la hierba y el alcohol. El dolor que emanaba de la casa de los Berglund era sui generis. Walter —ajeno, o eso era de desear, al parloteo indiscreto de Carol acerca de esa noche en que «perdió los papeles»— reconoció abochornado ante varios vecinos que Patty y él habían sido «despedidos» como padres y hacían lo posible por no tomárselo de manera demasiado personal.

—A veces viene a casa a estudiar —decía Walter—, pero ahora mismo se lo ve más a gusto pasando las noches bajo el techo de Carol. Ya veremos cuánto dura.

—Y Patty, ¿cómo lo lleva? —le preguntó Seth Paulsen.

—No muy bien.

—A Merrie y a mí nos encantaría que vinierais a cenar a casa un día de éstos.

—Estaría bien —respondió Walter—, pero me temo que Patty va a marcharse una temporada a la vieja casa de mi madre. Como sabes, ha estado reformándola.

—Me tiene preocupado —comentó Seth con un punto de emoción en la voz.

—A mí también, un poco. Pero la he visto jugar dolorida. En tercer año se destrozó la rodilla e intentó jugar otros dos partidos con la lesión.

—Pero ¿no fue entonces cuando... eh, una intervención quirúrgica puso fin a su carrera?

—Lo que yo quería remarcar es su resistencia, Seth. Su capacidad para jugar a pesar del dolor.

—Ya.

Al final, Walter y Patty no cenaron en casa de los Paulsen. Patty se ausentó de Barrier Street durante largos períodos del invierno y la primavera siguientes, ocultándose en el lago Sin Nombre, e incluso cuando su coche estaba en el camino de acceso —por ejemplo, en Navidad, cuando Jessica volvió de la universidad y, según sus amigas, tuvo una «pelea monumental» con Joey, motivo por el cual él pasó más de una semana en su antigua habitación, regalando a su formidable hermana unas auténticas fiestas navideñas tal como ella quería—, eludía las reuniones sociales del vecindario en las que sus pasteles y su afabilidad nunca habían faltado y eran siempre bienvenidos. A veces la veían recibir la visita de cuarentonas que, a juzgar por sus peinados y las pegatinas en los parachoques de sus Subarus, debían de ser antiguas compañeras del equipo de baloncesto, y se decía que había vuelto a beber, pero eso no era más que una conjetura, ya que, pese a toda su cordialidad, nunca había entablado una verdadera amistad en Ramsey Hill.

En Año Nuevo, Joey volvió a vivir con Carol y Blake. Gran parte del atractivo de esa casa era, cabía suponer, la cama que compartía con Connie. Entre los amigos de Joey era conocida su extrema y militante reticencia a la masturbación, cuya mera mención le arrancaba siempre una sonrisa condescendiente; sostenía

que una de sus ambiciones era pasar por la vida sin tener que recurrir a eso. Los vecinos más perspicaces, entre ellos los Paulsen, sospechaban que Joey también hallaba satisfacción en ser el más listo de la casa. Erigido en príncipe del gran salón, puso los placeres de éste a la disposición de todo aquel a quien concedía su amistad (con lo que el barril de cerveza, sin supervisión adulta, se convirtió en manzana de la discordia en las cenas familiares de todo el vecindario). Su comportamiento con Carol rayaba en el coqueteo hasta límites inquietantes, y a Blake lo cautivaba entusiasmándose con todo aquello que entusiasmaba al propio Blake, en particular las herramientas eléctricas y la pickup, a cuyo volante aprendió a conducir. Por la irritante manera en que sonreía ante el fervor de sus compañeros de clase por Al Gore y el senador Wellstone, como si el progresismo fuese una debilidad comparable al onanismo, cabía inferir que incluso había adoptado algunas de las ideas políticas de Blake. El verano siguiente, en vez de volver a Montana, trabajó en la construcción.

Y todo el mundo tuvo la impresión, justa o no, de que la culpa era en cierto modo de Walter, o de su bondad natural. En lugar de llevarse a Joey a casa arrastrándolo del pelo y obligándolo a comportarse, en lugar de darle a Patty un coscorrón y obligarla a comportarse, se refugió en su trabajo al servicio de Nature Conservancy, donde en poco tiempo había accedido al cargo de director ejecutivo de la delegación estatal, y dejó la casa vacía una tarde tras otra, dejó la mala hierba crecer en los arriates de flores y los setos sin podar y los cristales de las ventanas sin limpiar, dejó que la sucia nieve urbana engullese el cartel combado de GORE LIEBERMAN, clavado aún en el jardín delantero. Incluso los Paulsen perdieron interés por los Berglund ahora que Merrie se presentaba a las elecciones municipales. Patty pasó todo el verano siguiente en el lago Sin Nombre, y al poco de su regreso —un mes después de que Joey se marchara a la Universidad de Virginia en circunstancias económicas desconocidas en Ramsey Hill, y dos semanas después de la gran tragedia nacional— apareció el cartel SE VENDE frente a la casa victoriana en la que Walter y Patty habían volcado media vida. Walter había empezado a trabajar en Washington e iba y venía todas las semanas. Si bien el precio de la vivienda se

recuperaría pronto hasta alcanzar cotas sin precedentes, el mercado local se encontraba aún casi al nivel más bajo de su desplome posterior al 11-S. Patty supervisó la venta de la casa, por un precio penoso, a una pareja de profesionales negros, muy serios, que tenían unos mellizos de tres años. En febrero, el matrimonio Berglund recorrió la calle puerta por puerta una última vez, despidiéndose con cortés formalidad: Walter se interesó por los hijos de todos y les deseó lo mejor a cada uno de ellos; Patty, aunque muy callada, volvía a tener un aspecto extrañamente juvenil, como el de la chica que empujaba el cochecito de bebé por la calle antes de que el vecindario fuese siquiera un vecindario.

—Es asombroso que esos dos sigan juntos —le comentó Seth Paulsen a Merrie más tarde.

Merrie negó con la cabeza.

—Creo que aún no han aprendido a vivir.